

El Comercio La Victoria La Ciencia La Agricultura La Navegación

Figuras alegóricas colocadas en las columnas de la plaza del Ayuntamiento durante los festejos efectuados en París con motivo del casamiento de Napoleón y María Luisa. (Originales de Prud'hon)

CAPÍTULO SEPTIMO

EL IMPERIO EN 1810-1812

EL DIVORCIO.—ALIANZA AUSTRIACA.—ÚLTIMAS ADQUISICIONES DEL IMPERIO.—CUESTIONES RELIGIOSAS.—CONTINUACIÓN DE LA GUERRA DE ESPAÑA.—TORRES-VEDRAS

Napoleón, en el apogeo de su poder, en 1810, no sólo no veía contestada su supremacía política y militar por ninguno de los monarcas del Continente, sino que por un segundo matrimonio iba á colocarse entre ellos. Algunos meses después de firmar el tratado de Viena se casó con la archiduquesa Maria Luisa, hija de Francisco I, emperador de Austria, y descendiente de la más antigua y más orgullosa dinastía á la sazón reinante en Europa. Tiempo hacía ya que se trataba del divorcio de Napoleón con Josefina.

Al negociarse el tratado de Badajoz, Luciano Bonaparte, que entonces era embajador de España, habló del posible casamiento del Primer Cónsul con una infanta española. El proyecto no se realizó, pero Napoleón, no teniendo hijos de Josefina, se encontró allanado el camino al consignarse el principio de herencia en el texto de la Constitución. A principios de 1805, Napoleón dijo un día á Josefina que

su familia, su consejo, sus ministros, en una palabra, *todo el mundo*, le manifestaba la necesidad de un matrimonio que le diese herederos, y, paseándose agitado, le repitió varias veces: «¿Qué opinas tú?... ¿no es así? ¿Qué dices?» Josefina, que había escuchado silenciosamente estas palabras y que conocía la hostilidad de la familia Bonaparte hacia ella y la familia Beauharnais, le respondió: «¿Qué quieres que te diga, si tus hermanos, tus ministros, *todo el mundo* están en contra mía y no tengo más que á tí para defenderme?—¿No tienes á nadie más que á mí para defenderte?—exclamó impetuosamente Napoleón,— pues bien, tú vencerás.»

Josefina tuvo perfecto derecho á creerse asegurada al publicarse el senado-consulta de 30 de Marzo de 1806, por el que se prohibía especialmente el divorcio á los miembros de la familia imperial. Pero ya en Erfurt cumplió Talleyrand el encargo que tenía de dirigir á Alejandro las primeras indicaciones sobre el matrimonio de Napoleón con una princesa de la casa Romanof. En 15 de Diciembre de 1809, Josefina se vió obligada á leer en un consejo de familia una declaración, en la cual se le hacía decir que se sacrificaba voluntariamente á las conveniencias dinásticas de su esposo, pero no tuvo suficiente valor para terminar la lectura del documento. El príncipe Eugenio se presentó al Senado el día siguiente, para declarar que se asociaba al sacrificio de su madre y consentía en la pérdida de sus derechos eventuales como hijo adoptivo del Emperador; en el mismo día (16 de Diciembre) un senado-consulta declaraba disuelto el matrimonio de Josefina y Napoleón. Arreglada la cuestión civil, quedaba la religiosa, en la que las dificultades eran mucho mayores, y cuesta trabajo comprender cómo la católica Austria pudo aceptar semejante situación. No podía recurrirse al pontífice, prisionero de Napoleón, y á quien había excomulgado; recurrióse á la Curia eclesiástica de París. Una comisión de la misma, de la cual formaba parte el abate Maury, elevado al cardenalato en Italia durante la Revolución, apoyándose en el defecto de publicidad y en el de consentimiento perfecto de Napoleón, declaró nulo el matrimonio religioso efectuado entre Napoleón y Josefina la víspera de la consagración imperial. Inmediatamente se reanudaron negociaciones con Rusia, y el Czar, cuidadoso de guardar «su independencia moral,» trató de obtener nuevas ventajas

de estas indicaciones. Pidió á Napoleón que declarase de un modo solemne que no restablecería nunca el reino de Polonia; y aun después de esta comprometida manifestación no hubiera obtenido el Emperador el menor resultado, pues Alejandro habría roto en el último momento las negociaciones matrimoniales, alegando, como antes lo había hecho, la oposición de su madre. Pero Napoleón no quiso, como dice en su hermosa carta de 1.º de Julio de 1810 al duque de Ca-



Ceremonia de la recepción de María Luisa en Braunau. Boceto de A. de Laborde, dibujo de Moreau

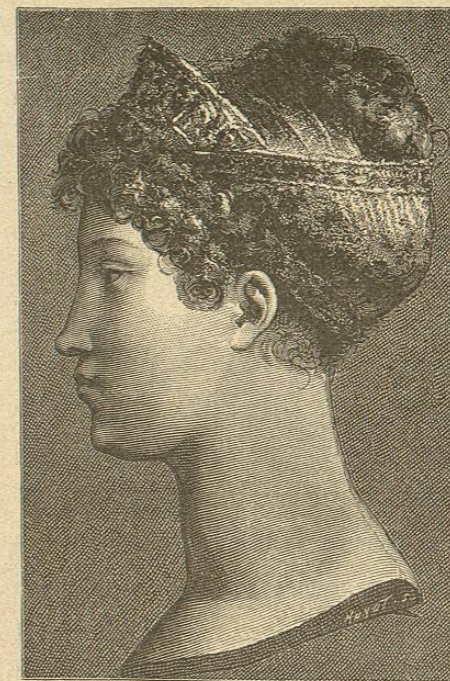
dore, «deshonrarse y mancillar su memoria sellando este acto de política maquiavélica, porque es mucho más grave que defender el reparto de Polonia declarar que jamás volverá á ser restablecida. No, no puedo contraer compromiso de pelear contra un pueblo que me ha sido tan leal, y que me ha demostrado una voluntad tan constante como su cariño. No puedo decir ni diré á los Franceses:—Id á derramar vuestra sangre para imponer á Polonia el yugo de Rusia.» Tratóse también de la hermana del rey de Sajonia, hasta que por fin, cansado Napoleón de los entorpecimientos de Rusia, se fijó en una archiduquesa de la casa de Austria (6 de Febrero); le constaba que la corte de Viena era favorable á este proyecto, y realmente le era mucho más propicia de lo que él creía.

El contrato se firmó en 7 de Febrero con Schwartzberg, embajador de Austria en París. Se tomó por modelo para la redacción del acta del contrato de boda la de María-Antonieta; únicamente Napoleón se opuso á que se consignase dote á la princesa ni condiciones de ningún género para su entrega, y eligió á su ilustre adversario, el archiduque Carlos, para que se casara en su nombre en Viena con María Luisa; acordóse reproducir en todos sus detalles el ceremonial del matrimonio de Luis XVI. Arreglados estos pormenores salió en el mismo día para Viena un correo, que llegó el 14 de Febrero. La corte austriaca respondió con la mayor fruición al mensaje del Emperador. Berthier llegó á Viena el 5 de Marzo y el casamiento se efectuó el día 11; la nueva emperatriz se puso en camino el 13. En Braunau fue entregada á los Franceses y continuó su viaje acompañada de Carolina Murat, reina de Nápoles.

María Luisa, verdaderamente amedrentada por su unión con aquel terrible revolucionario, contra el cual sólo palabras de odio había oído pronunciar hasta entonces, se creyó, en un principio, una víctima inmolada en aras de la política; pero á medida que se iba aproximando, las cartas diarias que recibía de Napoleón, y á las cuales respondía inmediatamente, comenzaban á modificar sus sentimientos. Por otra parte, la actitud de Napoleón, á quien la noticia del casamiento había ya colmado de alegría y de orgullo, permitía á los que le rodeaban comprender que, á medida que recibía las respuestas de la emperatriz, escritas en francés y cada día más largas, se despertaba en su alma un sentimiento mucho más tierno. Se había convenido en que SS. MM. se encontrarían por vez primera en Compiègne, en una suntuosa tienda, en la que entrarían á la vez por dos puertas opuestas; que la emperatriz se inclinaria para arrodillarse y que el Emperador la levantaria y abrazaría.

La impaciencia de Napoleón simplificó extraordinariamente este ceremonial. «Se escapó furtivamente del palacio de Compiègne, y, acompañado tan sólo de Murat, salió del parque por una poterna y montó en un carruaje sin armas, guiado por un cochero sin librea. Napoleón pasó por Soissons y llegó á Courcelles en el momento en que los correos de gabinete de la Emperatriz disponían el relevo de los tiros para su carruaje, que estaba próximo á llegar; para res-

guardarse de la lluvia, que caía á torrentes, se refugió en el atrio de la iglesia con Murat: nadie hubiera podido creer que estos dos desconocidos fuesen el Emperador y el rey de Nápoles. Al llegar el carruaje de la Emperatriz, y en el momento de cambiar el tiro, Napoleón se precipitó hacia la portezuela; el caballero de servicio le reconoció y exclamó: «¡El Emperador!» Napoleón, que deseaba guardar el



La emperatriz María Luisa. (Dibujo de Prud'hon, fotografía de Braun, Clément y Co., París)

incógnito, le respondió algo contrariado: «¿No habéis visto que os hacía señas para que callaseis?» Pero este instante de mal humor pasó rápidamente y el Emperador abrazó á la Emperatriz, que llevaba en la mano el retrato de su esposo, á quien con amable sonrisa dijo: «¡Valéis más que vuestro retrato!»

El matrimonio civil se efectuó en Saint-Cloud en 1.º de Abril y el religioso en París al día siguiente, con pompa extraordinaria.

Notóse la ausencia en Nuestra Señora de los cardenales romanos detenidos en Francia á la sazón. Aunque la Curia eclesiástica de París hubiese declarado nulo el primer matrimonio de Napoleón (7 de Febrero de 1810), los cardenales romanos no quisieron que con su pre-